

## CONTRIBUCION A UNA SEMASIOLOGIA NOSOLOGICA

### INTRODUCCIÓN.

En un estudio que hizo del vocabulario chibcha, o más exactamente mwiska, el autor del presente ensayo notó que un crecido número de términos relativos a la vida orgánica del grupo estudiado presentaban en el plano morfológico sorprendentes analogías, caracterizadas sobre todo por la identidad del sufijo. Ampliada a un dominio bastante distinto — el de los idiomas indoeuropeos —, tal investigación hizo surgir varios problemas, cuya rápida reseña puede ofrecer alguna utilidad.

El primero se refiere al interés de un estudio sistemático de los fenómenos idiomáticos relativos al glosario del hombre enfermo. Entre las terminologías propias de tal oficio, de tal función de un grupo posible de seres humanos, los elementos de unión, de cohesión, ofrecen un valor muy desigual. No dejan de ocultar peligros los morfemas zoológicos y botánicos que, por largo tiempo, justificaron las atribuciones locales o cronológicas intentadas en el estudio del grupo indoeuropeo: sobrarían las comprobaciones. Los elementos de los que se valen, sometidos a las variaciones climáticas, las enfermedades, las epidemias, presentan evidentemente el interés de la cosa viva, pero también sus posibilidades de avance, de retroceso, de supresión, de modificaciones regionales; la semasiología comparada encuentra en ellos datos valiosos: conviene reconocer, sin embargo, que determinado vocablo se aplica, en el mismo grupo general, a hechos muy distintos, lo que podría, en ciertos casos, falsear las conclusiones intentadas. Pero los fenómenos clínicos y mórbidos, por su naturaleza general y constante, pertenecen, en desquite, al fondo mismo del idioma, y van a constituir preciosas herramientas para el conocimiento del des-

arrollo morfológico y semántico del conjunto considerado. Tal vez permitan descubrir, en el movedizo paisaje del grupo indoeuropeo, similitudes y diferencias cuya confrontación con los resultados de otros estudios análogos podría arrojar, sobre los puntos en discusión, luces nuevas y provechosas.

Por lo demás, es menester reconocer la escasez de trabajos de esta índole, consagrados a temas especiales o sencillamente limitados. Cousin<sup>1</sup> insistía, hace algunos años, en la falta de estudios consagrados a las lenguas especiales. Sin proponerme tan ambicioso programa, creo poder decir que unos ensayos relativos a un sector caracterizado del conocimiento humano, y que cubran, en épocas y regiones distintas, el vocabulario coherente de determinada actividad, podrían, por su yuxtaposición, formar las bases de una lingüística por así decirlo sociológica, unida al hecho social, y como modelada sobre él.

Actividad determinada: tal vez fuera conveniente ampliar un poco la fórmula, y recordar que tal actividad, cuyas modalidades se modificarán, al pasar los siglos, en un incansable progreso, se aplica aquí a un conjunto de fenómenos siempre idénticos a sí mismos: los de la enfermedad.

Existen por supuesto afecciones propias — bien en su misma esencia, bien en su desarrollo y sus formas — de ciertas regiones del globo, de ciertos continentes. Algunas tienden a desaparecer, otras adquirieron, si se me permite el término, un estado civil, una personalidad clínica. Pero, por una parte, las enfermedades consideradas como “nuevas” se deben, en no despreciable proporción, a las regiones exploradas desde el descubrimiento de América, es decir en un momento en que el vocabulario conocido ya había adquirido formas fijas. Por otra parte, se trata aquí del vocabulario no científico, sino de uso común, y sobre todo popular.

Tampoco se puede olvidar que constituye mucho más que un glosario de estados mórbidos y recetas de curación. Si el médico es, en los orígenes, el que piensa, juzga, atiende (*medicus* < *medeor* < *med-*), el enfermo, bajo la forma fran-

---

<sup>1</sup> COUSIN J., *Les langues spéciales*, en *Mémorial des Études latines*, REL, Société d'édition “Les Belles Lettres”, Paris, 1943, págs. 37-57.

cesa “malade” (*male habitus*) tiene, a través de *malus*, su origen en un antiguo término religioso, en donde surgen las nociones de “pecado” (armenio), “mentira” (lituano) y “engaño” (irlandés). Revestido de poderes que la muchedumbre no alcanza a entender, el ser que lucha contra el flagelo misterioso e incomprendible de la enfermedad mantiene, en cierta medida, una relación permanente con los dioses castigadores. Se aviene con ellos, se opone a veces a su acción. Su victoria, siempre precaria, se adquiere mediante fuerzas que, al sobrepasar lo humano, alcanzan otra vez el plano divino. Los fondos últimos de la medicina ganan terreno, en proporciones que es difícil precisar, sobre el dominio religioso, sobre el de la intervención mágica — es decir sobre lo más profundamente arraigado del conocimiento humano.

Interesante en primer lugar para los lingüistas y particularmente para los semantistas, tal estudio podría asimismo ofrecer a los discípulos de Hipócrates cierta utilidad. Si, como se verá más lejos, tal enfermedad se caracteriza, según las regiones interesadas, por su acción sobre el animal transmisor, sobre el hombre, o por algunas de sus incidencias económicas, se puede admitir que, enfocada bajo ese ángulo nuevo, la investigación terminológica de los fenómenos endémicos y epidémicos propios de las épocas lejanas del grupo indoeuropeo daría a la medicina un apreciable suplemento de información.

Universal por su naturaleza, el glosario médico no se ve sin embargo a salvo de las especializaciones locales. Los sistemas de curación basados en el empleo de las plantas reflejarán las variedades de la flora local; su aplicación se ceñirá al estado de la técnica utilizada por el grupo estudiado. También intervendrá la fauna, ya en la elaboración de ciertos preparados particulares, ya al proporcionar a las afecciones ciertos sujetos, ciertos vectores. La densidad de población de la región, las facilidades de comunicación, la independencia o la interdependencia de las agrupaciones humanas, el término medio de su frecuencia constituyen factores que no pueden desecharse. Demografía, estado social, economía de las zonas de establecimiento: elementos todos cuya intervención puede adulterar o, cuando menos, desviar las formas generales del raciocinio semántico.

Tal acción no quedará, por lo demás, sin contrapeso, y la frecuencia, la gravedad de las afecciones que asuelen un territorio determinado podrán repercutir, por la modificación de las condiciones esenciales de la vida, sobre la terminología general y, en consecuencia, sobre la morfología del término médico.

También intervendrá en la elaboración del glosario médico la psicología local y racial: se nota inmediatamente que las variaciones del color epidérmico producirán repercusiones, aun cuando no sea sino en el orden de las enfermedades cutáneas. La configuración corográfica, la abundancia o la falta de agua serán también señaladas: hasta la teogonía revelará su influencia sobre el semantema nosológico.

Este juego de acciones y reacciones, el moldeamiento del hombre sano y del hombre enfermo por las condiciones de ambiente, la amenaza constante que hacen pesar sobre él los poderes divinos se reflejan en la psicología social, cuya evolución semántica ofrece, estudiada bajo esta luz, un sorprendente espejo.

Recordaremos además que, al ocurrir influencias capaces de herir al hombre en su integridad física o moral, de disminuir su vitalidad y su rendimiento económico, de perjudicar el equilibrio productor del grupo social, el sujeto hablante se defenderá. Llegamos aquí a uno de los más delicados puntos del estudio semasiológico de la expresión: el manejo de la palabra por el hombre. La palabra es en efecto un arma y, en los albores de la protohistoria, el que la posee tiene el poder. El conocimiento del nombre personal da el predominio sobre el individuo. Puede también, por la mera enunciación, soltar fuerzas peligrosas: los griegos mismos tratarán de aplacar a las diosas de la venganza al darles, con el llamamiento de Euménides, el nombre de *benévolas*. Volveremos a encontrar, y precisamente en Hélade, tal recurso a la indulgencia. Pero la antífrasis no forma sin duda la única defensa; por la ausencia de una denominación mórbida, el hombre quizás tratará a veces de ignorar, de eliminar una presencia temible: "*tantum terroribus addit, dice Lucano, quos timeant non nosse deos!*"<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> *Pharsalia*, III, 417.

Es imposible establecer, en los glosarios propios de los idiomas antiguos, los semantemas que faltan, y las conjeturas que podrían hacerse al respecto no darían sino indicaciones muy poco precisas: conviene sin embargo señalar que, en un estudio general, tal elemento no podría quedar ignorado.

Se han reunido aquí, bajo las denominaciones propias de algunas enfermedades importantes, algunos datos que, aun cuando no terminen con el tema, darán la medida de su amplitud.

### LA RABIA.

Esta enfermedad virulenta, que el hombre no adquiere sino por mordedura, le es transmitida en primer lugar por el perro, después por el lobo, el zorro, el gato, y con menor frecuencia por otros animales, tales como la oveja o la cabra. Se caracteriza por síntomas bien conocidos: excitación, hidrofobia, agitación furiosa, seguidos por parálisis acompañadas de abundante salivación: la muerte se debe a la parálisis del bulbo. Presenta una regresión notable desde el descubrimiento de Pasteur, y parece haberse conocido bastante temprano en el mundo clásico. Aristóteles la menciona en su *Historia de los animales*.

#### *Latín*

Cousin<sup>3</sup> señala que “on trouve, par exemple, de nombreux mots en *-ies*, gén. *-ie-i...* qui sont tous en relation avec une affection physique”. Si *māciēs* se relaciona sin dificultad con *mācēr* y *scābiēs* con *scābo*, *sāniēs* no ha sido determinado todavía, aunque agrade la comparación *sāniēs* — *san(guīs)*; *cāriēs* permanece impreciso, pero una relación *cāro* (considerando el sentido verosímilmente original de “parte”, “pedazo”) — *cāriēs* no debe ser excluida. En cuanto a *rābiēs* († *rābia*, Gloss. Serv.), el problema resulta más arduo. La base *rab-*, estar furioso, irritado, se impone. Meillet piensa que no se trata de un elemento prestado de algún idioma mediterráneo, y parece considerar,

<sup>3</sup> COUSIN J., *id.*, pág. 43.

a través de scr. *rābhah*, impetuosidad, violencia, *rabhasáh*, impetuoso, una raíz \**rebh-*. El acercamiento, intentado ya, con *rapio*, no parece fructuoso, y presenta muchas dificultades.

Tiendo a ver en la identidad scr. *lap* = *rap-* la solución del problema <sup>4</sup>, pues ambas formas significan “hablar”. El sustantivo scr. *lāpana*, boca, recuerda a *λάπτω*, lamer, beber con avidez, y *lābia*, *lābra*, labios. Por otra parte, el hitita *lap* (*lab-*), “calentarse, estar caliente”, despierta una idea interesante, pero incompleta, ya que evoluciona, en realidad, en el mismo plano del lat. *rab-*, estar irritado. ¿Habría que considerar aquí dos raíces totalmente distintas, y no ver en las comparaciones hechas nada que no sea falsa analogía? Sería, a mi modo de ver, mostrar excesivo rigor. No olvidemos el papel primordial de la boca en la transmisión de la enfermedad, debida al virus contenido en la saliva y administrado por mordedura. En resumen, creo que lat. *rābiēs* (y, con él, la mayoría de las lenguas romances: cat. esp. *rabia*, fr. *rage*, it. *rabbia*, port. *raiva*, prov. *ràbi*) toma su origen en \**lap-*, \**rap-*, bases características del orificio bucal.

### Griego

El griego moderno conserva la misma forma del gr. clásico *λύσσα*, ático *λύττα*, probablemente relacionado con la misma raíz que scr. *luṭh*, agitarse, balancearse, estremecerse, o según Bopp <sup>5</sup>, “ferire”, “occidere”, “perturbare”. Este último autor da también, para el mismo sentido, las formas scr. *rush* y *ruṣ*, “irasci”, “ferire”, “laedere”, “occidere”, en relación con la raíz védica *ru*, “irasci”, “occidere”.

### Rumano

El sustantivo *turbare* aparece en sí bastante explícito para que sea necesario insistir.

<sup>4</sup> BRUGMANN K., *Abrégé de grammaire comparée des langues indo-européennes*, C. Klincksieck, Paris, 1905, págs. 122-123.

<sup>5</sup> BOPP F., *Glossarium comparativum linguae sanscritae*, Lib. Dümmleriana, Berolini, 1867.

### Albanés

El *Diccionario latino albanés* de 1635<sup>6</sup> da, bajo “ira”, “cholera”, *mnia*; “iracundus”, *mnÿss*; “rabidus”, *mnÿs*; “rabiokus”, *I mnÿscim*; “rabere”, (*meu*)*mnÿm*, todas formas reducibles a *mni* — *mnÿ*, cuyo parentesco con gr. *μᾶνία* < *μαυ-*, *μαυ-*, estar agitado, parece indiscutible. La relación con la noción de *Menades* se impone.

### Lituano

Es interesante encontrar en lituano el sustantivo *pasiutimas*<sup>7</sup>, rabia, cuya etimología debe buscarse bajo scr. *paçú*, animal doméstico, ganado (lat. *pēcūs*) y *tigmá-*, acre, ardiente, violento.

\* \* \*

Estos distintos elementos forman, en el plano semasiológico, un buen ejemplo de las varias características que, en regiones diferentes, impresionaron la imaginación popular. El genio campesino y práctico del romano, que con tanto acierto señaló Marouzeau, se manifiesta otra vez aquí por la indicación, propiamente física, de los medios de transmisión y las precauciones que sugiere la presencia de un animal furioso y de boca abierta.

Tanto Grecia como el Oriente notan más bien las manifestaciones verificadas en el hombre. La naturaleza terrífica de las crisis que éste sufre provoca en los asistentes un estupor religioso. El enfermo, por sus ademanes que lo asemejan a un poseído, aparece como el juguete de una divinidad maléfica. Rumania y el grupo ilírico se asocian a esta interpretación.

El interés del lituano se detiene más bien en las consecuencias económicas de la enfermedad. Transmitida a los animales — ovejas, caballos, bovinos —, ella destruirá estos elementos de

<sup>6</sup> BLANCHUM, R. D. FRANCISCUM, *Dictionarium latino-epiroticum*, Sac. Congr. Propag. Fide, Romae, 1635.

<sup>7</sup> La mayoría de los nombres actuales figuran en la obra siguiente: BIRAUD YVES, *Lexique polyglotte des maladies contagieuses*, en *Bulletin de l'Organisation d'Hygiène*, Société des Nations, Genève, vol. X, N<sup>o</sup> 3, 1943-1944.

riqueza y reducirá proporcionalmente la capacidad de cambios comerciales del grupo.

En todo caso, es digna de mención la caracterización, en el grupo itálico, de la enfermedad por su causa inmediata, en Grecia, Iliria y Oriente por su acción en el hombre, mientras que la región septentrional de Europa se fija preferentemente en los estragos sufridos por el ganado.

#### LA LEPRO.

Conocida en el Oriente quince siglos antes de la era cristiana, la lepra fue traída a Europa por los ejércitos romanos y, más tarde, por los cruzados. Es de recordar que, hasta 1400, la legislación civil y religiosa eliminaba a los leprosos de la sociedad humana: se cantaba sobre ellos el oficio de difuntos, y su sucesión se abría mientras vivían.

#### *Griego*

Común al griego moderno y al clásico, la palabra *λέπρα* se establece sobre el verbo *λέπω*, quitar lo que envuelve, pelar, desvainar, descascarar, por el hecho de dar frecuentemente la enfermedad una apariencia escamosa al enfermo. La raíz de este verbo parece relacionarse con scr. *lup-*, hendir, romper, quitar, así como con lit. *lupù* y ruso *lūplju*, que significan "quitar la piel, la cáscara".

#### *Eslavo*

La forma *prokasa*, empleada tanto en ruso como en búlgaro, sugiere una relación con scr. *kaça*, látigo, castigo, y *kašta*, mal, daño, desgracia, sufrimiento. El prefijo *pro-* no parece presentar aquí un sentido particular.

#### *Lenguas escandinavas y bálticas*

Las formas dan. *spedalskhet*, noruega *spedalskhed*, sueca *spetälska*, letona *spitälība*, est. *pidalitõbi*, verosímilmente mo-



dernas, muestran todas la raíz lat. *hospit-*, unida a un sufijo de estado, que se encuentra en m. a. a. (*heit*).

### *Francés medieval*

Proveedora de soldados de Cristo, Francia se preparaba, en la Edad Media, a recibir de regreso un contingente bastante crecido de leprosos. Con ellos se enriquecerá la terminología, dándonos *ladre* — de *lasdre*, forma, en el siglo XII, del nombre Lazare. Por confusión con *malade*, una falsa etimología producirá entonces *maladre* y *maladrerie* (leprocomio). Se encuentran también, en un poema anónimo del siglo XII: *Ami et Amile*, las formas *mezal*<sup>8</sup> y *meziauz*<sup>9</sup> que sembrarán el es-panto en los caminos: “les meseaux, les meseaux!”. Tal palabra no es, sin embargo, sino la forma francesa de *misellum* — diminutivo de *misër* — que Catulo ya nos presenta, aplicado a un pájaro muerto.

\* \* \*

La repartición arrojada por la semántica aparece aquí bastante desigual. Si el grupo eslavo, sin duda bajo la influencia indoiraniana, tiende a discernir en la lepra un azote, un castigo divino infligido al hombre, el ciudadano del mundo clásico reacciona menos frente al aspecto moral de la enfermedad que, dejando intacta la integridad espiritual, no lo conmueve tanto. Lo que llama su atención es la apariencia rara de la epidermis interesada, que compara con las escamas de un pez. Empapado de Tierra Santa, el francés de las Cruzadas se esfuerza en manifestar su simpatía al leproso, bien asemejándole a Lázaro salido del sepulcro, bien dándole palabras de conmiseración. En cambio, los grupos nórdicos consideran más que todo el cuidado de su propia seguridad, por medio de la reclusión del enfermo. Amiel, el despiadado analista del *Diario íntimo*, que dio en Ginebra, en el siglo pasado, el curso de “psicología de las nacionalidades”, hubiera encontrado en estos elementos motivo de infinitas reflexiones.

<sup>8</sup> Verso 12: “Fiz a mezal, a delgiet et a ladre”.

<sup>9</sup> Verso 134: “Que touz li mons fust meziauz avec soi”.

## LA PESTE.

Enfermedad endémica, y a menudo epidémica, la peste — en sus tres formas: bubónica, pulmonar, septicémica — se caracteriza por su rapidez de evolución y su elevada letalidad. Causó, hasta la época moderna, considerables estragos: en el siglo xvi, Milán veía el número de sus habitantes pasar de 250.000 a 60.000. Flagelo de extraordinaria violencia, esta enfermedad nacida en el Oriente aparecía a los pueblos que asolaba como una implacable fatalidad, contra la que se reconocen impotentes las astucias idiomáticas.

*Latín*

La forma *pestis*, encontrada en el área romance (fr., esp., it., port. *peste*, rum. *pestă*) y gótica (al., dan., neerl., nor., sueco *pest*), de la que, hasta hoy, no se ha proporcionado explicación satisfactoria, no parece tener correspondiente indoeuropeo. Cabe notar, además, que no se trata aquí de una denominación médica característica, sino de un término que expresa en forma general una idea o un medio de destrucción.

*Lenguas bálticas y balcánicas*

Encontramos por una parte, en lit. *maras*, en let. *mēris*, por la otra en checo *mor* y en albanés *morteia* (cf. muerte: *mortia*), formas que, salidas de las raíces \**mer-* (morir) y \**mṛti-*, muerte, se explican con facilidad (cf. scr. *márate*, *mriyáte*, él muere).

*Griego*

El griego moderno recurrió, para dar un nombre a tan grave enfermedad, a un adjetivo de la lengua clásica: *πανώλης*, funesto, cuyo sentido inicial (*πᾶν*, todo, *ὄλλυμι*, destruir, raíz *ὄλ-*) se expresaría con bastante exactitud por “la destructora”.

*Eslavo*

Las cuatro formas: ruso *tchuma*, búlgaro *tchuma*, rum. *ciumă*, pol. *dziuma*, nos autorizan a considerar, sobre la base

de una inicial oclusiva velar i. -e. *q*, la existencia de una raíz original \**quma-*, con la que podría relacionarse gr. *κῦμα*, cuyo sentido general, basado en *κῦω*, hinchar, es el de un elemento en aumento, una ola. En el siglo v, Píndaro, refiriéndose a la muerte, empleará en las *Nemeanas*, la expresión: *κῦμα Ἄϊδα*, “la ola de Hades”, para significar la muerte.

\* \* \*

Si el mundo romano, relativamente poco atacado, en los tiempos clásicos, por tal epidemia, no le aplicó sino un término fuerte, sin duda, pero de carácter general<sup>10</sup>, el grupo eslavo, asolado probablemente con mayor violencia, da la impresión de haber sentido su llegada y sus manifestaciones bajo la forma de una especie de tumefacción, de marejada bajo cuyas olas mortales todo queda cubierto. Observadora del aspecto dramático de los hechos, la Grecia moderna aplicará a la implacable peste el epíteto de “destructora”. Representación bastante gráfica, mientras que los grupos báltico y balcánico se limitarán a igualarla con la muerte. Es notable aquí la ausencia de precauciones terminológicas, lo que, en cierta medida, demuestra la aparición relativamente reciente de la enfermedad en Europa — por lo menos en una época en la que la cultura escrita ya había eliminado las defensas mágicas de carácter idiomático.

#### LA VIRUELA.

Para el profano, lo que caracteriza esta afección, contagiosa y epidémica, es la erupción de granos supurantes que dejan, especialmente en el rostro, cicatrices definitivas que forman otras tantas manchas. Se verá que, en la gran mayoría de los casos, esta particularidad es la que trató de figurar la terminología.

---

<sup>10</sup> Cf. CICERÓN, *Prim. Cat.*, V, 11: “Magna dis immortalibus habenda est... gratia, quod hanc tam taetram, tam horribilem tamque infestam rei publicae pestem totiens iam effugimus”.

### Latín

Oriundo de *uārius*, manchado, salpicado, abigarrado, *uāriōla* dio las formas romances fr. *varirole* y *vérole*, port. *variola*, rum. *variolă*, it. *vaiuolo* y *vaiolo*, esp. *viruela*. En su *Historia natural*, Plinio el Viejo da a la pantera el nombre de *uāria*, originado sin duda por sus manchas.

### Germánico

Encontramos al. *pocken*, neerl. *pokken*, ingl. *smallpox*, una forma serbo-croata *velike boginje* — junto a una forma *velike ospice* que será considerada más lejos. Podríamos tal vez unirles let. *bakas*. Creo que se deben relacionar tales formas con la raíz general *\*peikʰ-*, adornar y *\*peig-*, pintar (scr. *piç-*, adornar, *peça*, adorno, *pinga*, pardo rojizo). Recordemos también que el verbo lat. *pingo* significa, entre otras cosas, “tatuarse”. En el plano descriptivo, el adjetivo griego *ποικίλος*, abigarrado, manchado, salpicado, responde exactamente a *uārius*. En cuanto al aspecto morfológico del problema, cabe señalar, junto a *ποικίλος*, las formas avest. *paēsō*, adorno y también “leproso”, scr. *piṅg* y *piḡ*, pintar, y *páḡitá*, adornado.

### Eslavo

Estrechamente emparentados entre sí, los términos ruso *ospa*, pol. *ospa*, serbo-croata *velike ospice* no se dejan reducir fácilmente a un tipo indoeuropeo. Por labialización de la velar, el tema lat. *uesc-* (*uescus*, que come) presentaría una semejanza de sentido, pero todavía más *uēsica*, vejiga, ampolla. La analogía con *uespa*, avispa, se hace difícil de admitir, aunque el carácter carnívoro de tal insecto, señalado por Benveniste (*BSL* 24, 124) en cuanto a *uespillo*, sea sugestivo.

### Lenguas bálticas

El lit. *raupai*, y sin duda el est. *rōūged*, deben ser relacionados con *\*reudho-* o *\*roudho-*, rojo (cf. lat. *rūbĕr*, *rūfus*).

### *Griego moderno*

El nombre que lleva en la actualidad, en la península helénica, la viruela es el de *εὐλογία*, cuyo sentido en la época clásica, es el de “alabanza”, “elogio”, “bendición”, “beneficio”. Es evidente aquí la intención antifrástica.

\* \* \*

Como acabamos de verlo, la mayoría de las agrupaciones humanas consideradas se fijan en las modificaciones fisiológicas provocadas por la enfermedad, bien en su resultado final: las cicatrices (áreas romance, gótica, y probablemente eslava), bien en un fenómeno de su evolución: el color (grupo báltico). Pero si en todas las regiones se consideran como importantes los estragos causados por la enfermedad, en ninguna parte como en Grecia se modifica en angustia tal preocupación: y asistimos aquí a un fenómeno de eliminación con reemplazo de la denominación original, con lo cual muestran los descendientes de Platón y Fidiás cómo la belleza permanece en el centro de sus intereses.

### CONCLUSIONES.

Sacar de datos tan incompletos y fragmentarios una conclusión valedera sería empresa peligrosa: sin embargo surgen ya ciertos rasgos comunes.

Uno de ellos — y no el menos importante, sin duda — es el de la no coincidencia de los valores semasiológicos para las respectivas áreas de Grecia y Roma, a no ser en el caso único en que la última presta, sin modificación alguna, una denominación de la otra. En un terreno tan especializado como el nuestro, es de interés notar una vez más que, reunidas por las casualidades de la geografía y la historia, las dos grandes potencias del mundo mediterráneo viven cada una su vida propia e independiente.

Otro lo constituye la no coincidencia de las áreas semasiológicas en general. Únicamente el mundo eslavo mantiene una

coherencia bastante nítida: se nota sin embargo, en la extensión checa, una posible influencia itálica y, en Rumania, la lucha, en conjunto favorable al latín, del este contra el sur.

En cuanto a los elementos semasiológicos propios de cada grupo, se notará en primer lugar, como ya se había señalado, la naturaleza inmediata, práctica y previsiva del romano. En dos casos — lepra y viruela —, la apariencia física, inmediatamente conocible, lo conmueve. Respecto a la rabia, centra su atención y su interés sobre las características externas del animal peligroso. Un solo caso — el de la peste — nos trae un concepto nítidamente abstracto, pero valiéndose de un término general, y no especializado.

Aquí se señalará el lituano por su preocupación de las incidencias económicas.

El grupo escandinavo se fijará, en un caso, en el aspecto físico, en el otro en la necesidad de proteger, contra un posible contagio, al individuo sano.

Dos grupos ofrecen sin embargo, en el interior de cada sistema, características acusadas y bastante coherentes. Uno es el del mundo griego, en donde la angustia suscitada por la enfermedad va dirigida no al individuo sino — si se me permite emplear términos de escuela — a la persona. El heleno conserva, según parece, como pensamiento rector el del hombre completo, considerado en su integridad moral, intelectual y física. Cualquier intervención que, en una u otra forma, lo aleje de este equilibrio ideal constituye para él un motivo de inquietud. Por eso insistirá, en la rabia, sobre los efectos que provoca en el modo de ser humano; en la lepra y la viruela sobre el aspecto físico, en la peste sobre su carácter dramático y destructor.

En oposición al equilibrio helénico se nota la sensibilidad exteriorizada en el mundo eslavo, el sentido de la fatalidad que lo persigue. La lepra evocará en el eslavo una noción de castigo, la viruela una idea de sufrimiento y de persecución; la peste le presentará, en su aspecto más gráfico, el resultado mortal de la epidemia. Entre los grupos que, muy rápidamente, hemos pasado en revista, él es el que, con más pertinencia, justificaría la cruel frase de Tácito: "...nec enim umquam

atrocioribus... cladibus magisue iustis indiciis adprobatum est non esse curae deis securitatem nostram, esse ultionem"<sup>11</sup>.

Sería aventurado proponer generalizaciones excesivas y establecer — aun cuando fuera en el solo plano semasiológico — equivalencias definitivas: griego-serenidad, eslavo-inquietud, romano-utilitarismo, luego desmentidas por la historia; sin embargo, utilizados con cuidado, tales datos pueden proporcionar, en el marco de investigaciones consagradas a la psicología nacional y social, una ayuda no despreciable.

LOUIS V. GHISLETTI.

Pontificia Universidad Católica Javeriana, Bogotá.

---

<sup>11</sup> TÁCITO, *Historiarum lib.*, I, III, 3.